

BELLO, ANDRÉS (1781-1865)

*POESÍAS 1800 1810 CARACAS*

INDICE:

EL ARAUCO

MIS DESEOS

A LA VACUNA

POEMA EN ACCIÓN DE GRACIAS AL REY DE LAS ESPAÑAS POR LA  
PROPAGACIÓN DE LA VACUNA EN SUS DOMINIOS, DEDICADO AL SEÑOR  
DON MANUEL DE GUEVARA VASCONCELOS, PRESIDENTE GOBERNADOR Y  
CAPITÁN GENERAL DE LAS PROVINCIAS DE VENEZUELA

VENEZUELA CONSOLADA

OCTAVA A LA MUERTE DEL I. S. O. FRANCISCO IBARRA, ARZOBISPO DE  
CARACAS

ÉGLOGA

Imitación de Virgilio

A UN SAMÁN

A UNA ARTISTA

A LA VICTORIA DE BAILÉN

A LA NAVE

ODA IMITADA DE LA DE HORACIO O NAVIS, REFERENT

EL ANAUCO

Irrite la codicia  
por rumbos ignorados  
a la sonante Tetis  
y bramadores austros;  
el pino que habitaba  
del Betis fortunado  
las márgenes amenas  
vestidas de amaranto,  
impunemente admire  
los deliciosos campos  
del Ganges caudaloso,  
de aromas coronado.

Tú, verde y apacible

ribera del Anauco,  
para mí más alegre,  
que los bosques idalios  
y las vegas hermosas  
de la plácida Pafos,  
resonarás continuo  
con mis humildes cantos;  
y cuando ya mi sombra  
sobre el funesto barco  
visite del Erebo  
los valles solitarios,  
en tus umbrías selvas  
y retirados antros  
erraré cual un día  
tal vez abandonado,  
la silenciosa margen  
de los estigios lagos.

La turba dolorida  
de los pueblos cercanos  
evocará mis manes  
con lastimero llanto;  
y ante la triste tumba,  
de funerales ramos  
vestida, y olorosa  
con perfumes indianos,  
dirá llorando Filis:  
«Aquí descansa Fabio»

¡Mil veces venturoso!  
Pero, tú, desdichado,  
por bárbaras naciones  
lejos del clima patrio  
débilmente vaciles  
al peso de los años.

Devoren tu cadáver  
los canes sanguinarios  
que apacienta Caribdis  
en sus rudos peñascos;  
ni aplaque tus cenizas  
con ayes lastimados  
la pérfida consorte  
ceñida de otros brazos.

## MIS DESEOS

*Hoc erat in votis.*

¿Sabes, rubia, qué gracia solicito  
cuando de ofrendas cubro los altares?  
No ricos muebles, no soberbios lares,  
ni una mesa que adule al apetito.

De Aragua a las orillas un distrito  
que me tribute fáciles manjares,  
do vecino a mis rústicos hogares  
entre peñascos corra un arroyito.

Para acogerme en el calor estivo,  
que tenga una arboleda también quiero,  
do crezca junto al sauce el coco altivo.

¡Felice yo si en este albergue muero;  
y al exhalar mi aliento fugitivo,  
sello en tus labios el adiós postrero!

## A LA VACUNA

*Poema en acción de gracias al rey de las Españas por la propagación de la vacuna en sus dominios, dedicado al señor Don Manuel de Guevara Vasconcelos, presidente gobernador y capitán general de las provincias de Venezuela*

Vasconcelos ilustre, en cuyas manos  
el gran monarca del imperio ibero  
las peligrosas riendas deposita  
de una parte preciosa de sus pueblos;  
tú que, de la corona asegurando  
en tus vastas provincias los derechos,  
nuestra paz estableces, nuestra dicha  
sobre inmuebles y sólidos cimientos;  
iris afortunado que las negras  
nubes que oscurecían nuestro cielo  
con sabias providencias ahuyentaste,  
el orden, la quietud restituyendo;  
órgano respetable, que al remoto  
habitador de este ignorado suelo  
con largueza benéfica trasmites  
el influjo feliz del solio regio;

digno representante del gran Carlos,  
recibe en nombre suyo el justo incienso  
de gratitud, que a su persona augusta,  
tributa la ternura de los pueblos;  
y pueda por tu medio levantarse  
nuestra unánime voz al trono excelso,  
donde, cual numen bienhechor, derrama  
toda especie de bien sobre su imperio;  
sí, Venezuela exenta del horrible  
azote destructor, que, en otro tiempo  
sus hijos devoraba, es quien te envía  
por mi tímido labio sus acentos.

¿Venezuela? Me engaño. Cuantos moran  
desde la costa donde el mar soberbio  
de Magallanes brama enfurecido,  
hasta el lejano polo contrapuesto;  
y desde aquellas islas venturosas  
que ven precipitarse al rubio Febo  
sobre las ondas, hasta las opuestas  
Filipinas, que ven su nacimiento,  
de ternura igualmente poseídos,  
sé que unirán gustosos a los ecos  
de mi musa los suyos, pregonando  
beneficencia tanta al universo.  
Tal siempre ha sido del monarca hispano  
el cuidadoso paternal desvelo  
desde que las riberas de ambas Indias  
la española bandera conocieron.

Muchas regiones, bajo los auspicios  
españoles produce el hondo seno  
del mar; y en breve tiempo, las adornan  
leyes, industrias, población, comercio.  
El piloto que un tiempo las hercúleas  
columnas vio con religioso miedo,  
aprende nuevas rutas, y las artes  
del antiguo traslada al mundo nuevo.  
Este mar vasto, donde vela alguna  
no vieron nunca flamear los vientos;  
este mar, donde solas tantos siglos  
las borrascas reinaron o el silencio,  
vino a ser el canal que, trasladando  
los dones de la tierra y los efectos  
de la fértil industria, mil riquezas  
derramó sobre entrambos hemisferios.

Un pueblo inteligente y numeroso  
el lugar ocupó de los desiertos,  
y los vergeles de Pomona y Flora  
a las zarzas incultas sucedieron.  
No más allí con sanguinarios ritos  
el nombre se ultrajó del Ser Supremo,  
ni las inanimadas producciones  
del cincel, le usurparon nuestro incienso;  
con el nombre español, por todas partes,  
la luz se difundió del evangelio,  
y fue con los pendones de Castilla  
la cruz plantada en el indiano suelo.

Parecía completa la grande obra  
de la real ternura; en lisonjero  
descanso, las nacientes poblaciones  
bendecían la mano de su dueño,  
cuando aquel fiero azote, aquella horrible  
plaga exterminadora que, del centro  
de la abrasada Etiopía transmitida,  
funestó los confines europeos,  
a las nuevas colonias trajo el llanto  
y la desolación; en breve tiempo,  
todo se daña y vicia; un gas impuro  
la región misma inficionó del viento;  
respirar no se pudo impunemente;  
y este diáfano fluido en que elementos  
de salud y existencia hallaron siempre  
el hombre, el bruto, el ave y el insecto,  
en cuyo seno bienhechor extrae  
la planta misma diario nutrimento,  
corrompióse, y en vez de dones tales,  
nos trasmitió mortífero veneno.

Viéronse de repente señalados  
de hedionda lepra los humanos cuerpos,  
y las ciudades todas y los campos  
de deformes cadáveres cubiertos.  
No; la muerte a sus víctimas infaustas  
jamás grabó tan horroroso sello;  
jamás tan degradados de su noble  
belleza primitiva, descendieron  
al oscuro recinto del sepulcro,  
Humanidad, tus venerables restos,  
la tierra las entrañas parecía

con repugnancia abrir para esconderlos.  
De la marina costa a las ciudades,  
de los poblados pasa a los desiertos  
la mortandad; y con fatal presteza,  
devora hogares, aniquila pueblos.

El palacio igualmente que la choza  
se ve de luto fúnebre cubierto;  
perece con la madre el tierno niño;  
con el caduco anciano, los mancebos.  
Las civiles funciones se interrumpen;  
el ciudadano deja los infectos  
muros; nada se ve, nada se escucha,  
sino terror, tristeza, ayes, lamentos.  
¡Qué de despojos lleva ante su carro  
Tisífone! ¡Qué número estupendo  
de víctimas arrastran a las hoyas  
la desesperación y el desaliento!  
¡Cuántos a manos mueren del más duro  
desamparo! Los nudos más estrechos  
se rompen ya: la esposa huye al esposo,  
el hijo al padre y el esclavo al dueño.

¡Qué mucho si las leyes autorizan  
tan dura división!... Tristes degredos,  
hablad vosotros; sed a las edades  
futuras asombroso monumento,  
del mayor sacrificio que las leyes  
por la pública dicha prescribieron;  
vosotros, que, en desorden espantoso,  
mezclados presentáis helados cuerpos,  
y vivientes que luchan con la Parca,  
en cuyo seno oscuro, digno asiento  
hallaron la miseria y los gemidos;  
mal segura prisión, donde el esfuerzo  
humano, encarcelar quiso el contagio,  
donde es delito el santo ministerio  
de la piedad, y culpa el acercarse  
a recoger los últimos alientos  
de un labio moribundo, donde falta  
al enfermo infelice hasta el consuelo  
de esperar que a los huesos de sus padres,  
se junten en el túmulo sus huesos.

Tú también contemplaste horrorizada  
de aquella fiera plaga los efectos;

tú, mar devoradora, donde ejercen  
la tempestad y los airados Euros  
imperio tan atroz, donde amenaza,  
aliado con los otros tu elemento  
cada instante un naufragio; entonces diste  
nuevo asunto al pavor del marinero;  
entonces diste a la severa Parca  
duplicados tributos. De su seno,  
las apestadas naves vomitaron  
asquerosos cadáveres cubiertos  
de contagiosa podre. El desamparo  
hizo allí más terrible, más acerbo  
el mortal golpe; en vano solicita  
evitar en la tierra tan funesto  
azote el navegante; en vano pide  
el saludable asilo de los puertos,  
y reclamando va por todas partes  
de la hospitalidad los santos fueros;  
las asustadas costas le rechazan,  
Pero corramos finalmente el velo  
a tan tristes objetos, y su imagen  
del polvo del olvido no saquemos,  
sino para que, en cánticos perennes,  
bendigan nuestros labios al Eterno,  
que ya nos ve propicio, y, al gran Carlos,  
de sus beneficencias instrumento.

Suprema Providencia, al fin llegaron  
a tu morada los llorosos ecos  
del hombre consternado, y levantaste  
de su cerviz tu brazo justiciero;  
admirable y pasmosa en tus recursos,  
tú diste al hombre medicina, hiriendo  
de contagiosa plaga los rebaños;  
tú nos abriste manantiales nuevos  
de salud en las llagas, y estampaste  
en nuestra carne un milagroso sello  
que las negras viruelas respetaron.  
Jenner es quien encuentra bajo el techo  
de los pastores tan precioso hallazgo.  
Él publicó gozoso al universo  
la feliz nueva, y Carlos distribuye  
a la tierra la dádiva del cielo.

Carlos manda; y al punto una gloriosa  
expedición difunde en sus inmensos

dominios el salubre beneficio  
de aquel grande y feliz descubrimiento.  
Él abre de su erario los tesoros;  
y estimulado con el alto ejemplo  
de la regia piedad, se vigoriza  
de los cuerpos patrióticos el celo.  
Él escoge ilustrados profesores  
y un sabio director, que, al desempeño  
de tan honroso cargo, contribuyen  
con sus afanes, luces y talento.  
¡Ilustre expedición! La más ilustre  
de cuantas al asombro de los tiempos  
guardó la humanidad reconocida;  
y cuyos salutíferos efectos,  
a la edad más remota propagados,  
medirá con guarismos el ingenio,  
cuando pueda del Ponto las arenas,  
o las estrellas numerar del cielo.  
Que de polvo se cubran para siempre  
estos tristes anales, donde advierto  
sobre humanas cenizas erigidos  
de una bárbara gloria los trofeos.

Expedición famosa, tú deslucés,  
tú sepultas en lóbrego silencio  
aquellas melancólicas hazañas,  
que la ambición y el fausto sugirieron;  
tú, mientras que guerreros batallones  
en sangre van sus pasos imprimiendo,  
y sobre estragos y ruina corren  
a coronarse de un laurel funesto,  
ahuyentas a la Parca de nosotros  
a costa de fatigas y desvelos;  
y en galardón recibes de tus penas  
el llanto agradecido de los pueblos.

Con destrucción, cadáveres y luto,  
marcan su infausta huella los guerreros;  
y tú, bajo tus pies, por todas partes,  
la alegría derramas y el consuelo.  
A tu vista, los hórridos sepulcros  
cierran sus negras fauces; y sintiendo  
tus influjos, vivientes nuevos brota  
con abundancia inagotable el suelo.  
Tú, mientras la ambición cruza las aguas  
para llevar su nombre a los extremos

de nuestro globo, sin pavor arrostras  
la cólera del mar y de los vientos,  
por llevar a los pueblos más lejanos  
que el sol alumbra, los favores regios,  
y la carga más rica nos conduces  
que jamás nuestras costas recibieron.

La agricultura ya de nuevos brazos  
los beneficios siente, y a los bellos  
días del siglo de oro, nos traslada;  
ya no teme esta tierra que el comercio  
entre sus ricos dones le conduzca  
el mayor de los males europeos;  
y a los bajeles extranjeros, abre  
con presuroso júbilo sus puertos.  
Ya no temen, en cambio de sus frutos,  
llevar los labradores hasta el centro  
de sus chozas pacíficas la peste,  
ni el aire ciudadano les da miedo.  
Ya con seguridad la madre amante  
la tierna prole aprieta contra el pecho,  
sin temer que le roben las viruelas  
de su solicitud el caro objeto.

Ya la hermosura goza el homenaje  
que el amor le tributa, sin recelo  
de que el contagio destructor, ajando  
sus atractivos, le arrebathe el cetro.  
Reconocidos a tan altas muestras  
de la regia bondad, nuestros acentos  
de gratitud a los remotos días  
de la posteridad transmitiremos.  
Entonces, cuando el viejo a quien agobia  
el peso de la edad pinte a sus nietos  
aquel terrible mal de las viruelas,  
y en su frente arrugada, muestre impresos  
con señal indeleble los estragos  
de tan fiero contagio, dirán ellos:

«Las virüelas, cuyo solo nombre  
con tanto horror pronuncias, ¿qué se han hecho?»  
Y le responderá con las mejillas  
inundadas en lágrimas de afecto:  
«Carlos el Bienhechor, aquella plaga  
desterró para siempre de sus pueblos».  
¡Sí, Carlos Bienhechor! Este es el nombre

con que ha de conocerte el universo,  
el que te da Caracas, y el que un día  
sancionará la humanidad y el tiempo.  
De nuestro labio, acéptale gustoso  
con la expresión unánime que hacemos  
a tu persona y a la augusta Luisa  
de eterna fe, de amor y rendimiento.

Y tú que del ejército dispones  
en admirables leyes el arreglo,  
y el complicado cuerpo organizando  
de la milicia, adquieres nombre eterno;  
tú, por quien de la paz los beneficios  
disfruta alegre el español imperio,  
y a cuya frente vencedora, honroso  
lauro los cuerpos lusitanos dieron;  
tú, que, teniendo ya derechos tantos  
a nuestro amor, al público respeto  
y a la futura admiración, añades  
a tu gloriosa fama timbres nuevos,  
protegiendo, animando la perpetua  
propagación de aquel descubrimiento,  
grande y sabio Godoy, tú también tienes  
un lugar distinguido en nuestro pecho.

Y a ti, Balmis, a ti que, abandonando  
el clima patrio, vienes como genio  
tutelar, de salud, sobre tus pasos,  
una vital semilla difundiendo,  
¿qué recompensa más preciosa y dulce  
podemos darte? ¿Qué más digno premio  
a tus nobles tareas que la tierna  
aclamación de agradecidos pueblos  
que a ti se precipitan? ¡Oh, cuál suena  
en sus bocas tu nombre!... ¡Quiera el Cielo,  
de cuyas gracias eres a los hombres  
dispensador, cumplir tan justos ruegos;  
tus años igualar a tantas vidas,  
como a la Parca roban tus desvelos;  
y sobre ti sus bienes derramando  
Con largueza, colmar nuestros deseos!

OCTAVA A LA MUERTE DEL I. S. O. FRANCISCO IBARRA, ARZOBISPO DE  
CARACAS

Cambió Sión la pompa de alegría  
por el cilicio y el oscuro velo,  
sólo una voz profunda noche y día  
rompe el mustio silencio de su duelo.  
¡Murió mi Padre, mi Pastor, mi guía!  
Dice, las manos levantando al cielo,  
Llore Sión, ¿qué extremo habrá que cuadre  
a su justo dolor? Es hija y madre.

## ÉGLOGA

(Imitación de Virgilio)

Tirsis, habitador del Tajo umbrío,  
con el más vivo fuego a Clori amaba;  
a Clori, que, con rústico desvío,  
las tiernas ansias del pastor pagaba.  
La verde margen del ameno río,  
tal vez buscando alivio, visitaba;  
y a la distante causa de sus males,  
desesperado enviaba quejas tales:

«No huye tanto, pastora, el corderillo  
del tigre atroz, como de mí te alejas,  
ni teme tanto al buitro el pajarillo,  
ni tanto al voraz lobo las ovejas.  
La fe no estimas de un amor sencillo,  
ni siquiera, inhumana, oyes mis quejas;  
por ti olvido las rústicas labores,  
por ti fábula soy de los pastores.

«Al cabo, al cabo, Clori, tu obstinada  
ingratitud me causará la muerte;  
mi historia en esos árboles grabada  
dirá entonces que muero por quererte;  
tantos de quienes eres adorada  
leerán con pavor mi triste suerte;  
nadie entonces querrá decirte amores,  
y execrarán tu nombre los pastores.

«Ya la sombra del bosque entrelazado  
los animales mismos apetece;  
bajo el césped que tapiza el prado,

los pintados lagartos se guarecen.  
Si afecta las dehesas el ganado,  
si la viña los pájaros guarnecen,  
yo solo, por seguir mi bien esquivo,  
sufro el rigor del alto can estivo.

«Tú mi amor menosprecias insensata,  
y no falta pastora en esta aldea  
que, si el nudo en que gimo, un dios desata,  
con Tirsis venturosa no se crea.  
¿No me fuera mejor, di, ninfa ingrata,  
mis obsequios rendir a Galatea,  
o admitir los halagos de Tirrena,  
aunque rosada tú, y ella morena?»

¿Acaso, hermosa Clori, la nevada  
blancura de tu tez te ensoberbece?  
El color, como rosa delicada,  
a la menor injuria se amortece.  
La pálida violeta es apreciada,  
y lánguido el jazmín tal vez fallece,  
sin que del ramo, que adornaba ufano,  
las ninfas le desprendan con su mano.

«Mi amor y tu belleza maldecía,  
tendido una ocasión sobre la arena,  
y Tirrena, que acaso me veía,  
-¡oh Venus, dijo, de injusticias llena;  
lejos de unir las almas, diosa impía,  
las divide y separa tu cadena!  
De Clori sufres tú las esquiveces,  
y yo te adoro a ti que me aborreces.

«¡Ah! No sé por qué causa amor tan fino  
puede ser a tus ojos tan odioso;  
cualquier pastor, cuando el rabel afino,  
escucha mis tonadas envidioso.  
¿No cubre estas praderas de continuo  
mi cándido rebaño numeroso?  
¿Acaso en julio, o en el crudo invierno,  
me falta fruto sazonado y tierno?»

«Ni tampoco es horrible mi figura,  
si no me engaño al verme retratado  
en el cristal de esa corriente pura;  
y a fe que a ese pastor afortunado

que supo dominar alma tan dura,  
si a competir conmigo fuese osado,  
en gentileza, talle y bizarría,  
siendo tú misma juez, le excedería.  
«Ven a vivir conmigo, ninfa hermosa;  
¡ven! mira las Driadas, que te ofrecen  
en canastos la esencia de la rosa,  
y para ti los campos enriquecen.  
Para ti sola guardo la abundosa  
copia de frutos que en mi huerto crecen;  
para ti sola el verde suelo pinto  
con el clavel, la viola y el jacinto.

«Acuérdate del tiempo en que solías,  
cuando niña, venir a mi cercado,  
y las tiernas manzanas me pedías  
aún cubiertas del vello delicado.  
Desde la tierra entonces no podías  
alcanzar el racimo colorado;  
y después que tus medios apurabas,  
mi socorro solícita implorabas.

«Entonces era yo vuestro caudillo,  
mi tercer lustro apenas comenzado,  
sobresaliendo en el pueril corrillo,  
como en la alfombra del ameno prado  
descuella entre las yerbas el tomillo.  
Desde entonces Amor, Amor malvado,  
me asestaste traidor la flecha impía  
que me atormenta y hiere noche y día.

«¡Ah! Tú no sabes, Clori, qué escarmiento  
guarda Jove al mortal ingrato y duro;  
hay destinado sólo a su tormento  
en el lóbrego Averno un antro oscuro;  
en su carne cebado, un buitro hambriento  
le despedaza con el pico impuro,  
y el corazón viviente devorado  
padece a cada instante renovado.

«Mas, ¡ay de mí! que en vano, en vano envió  
a la inhumana mi doliente acento.  
¿Qué delirio, qué sueño es este mío?  
Prender quise la sombra, atar el viento,  
seguir el humo y detener el río.  
Y mientras lo imposible loco intento,

tengo en casa la vid medio podada,  
y en el bosque la grey abandonada.

¿Qué fruto saco de elevar al cielo  
esta continua lúgubre querella?  
Ni encender puedo un corazón de hielo,  
ni torcer el influjo de mi estrella.  
Si Clori desestima mi desvelo,  
sabrá premiarle otra pastora bella.  
Ya baja el sol al occidente frío;  
vuelve, vuelve al redil, ganado mío».

### A UN SAMÁN

Árbol bello, ¿quién te trajo  
a estas campiñas risueñas  
que con tu copa decoras  
y tu sombra placentera?  
Dicen que el dulce Dalmiro,  
Dalmiro aquel que las selvas  
y de estos campos los hijos  
no sin lágrimas recuerdan,  
compró de un agreste joven  
tu amenazada existencia;  
en este alcor, estos valles,  
viva su memoria eterna.

Del huérfano desvalido,  
de la infeliz zagaleja,  
del menesteroso anciano  
él consolaba las penas.  
Extiende, samán, tus ramas  
sin temor al hado fiero,  
y que tu sombra amigable  
al caminante proteja.

Ya vendrán otras edades  
que más lozano te vean,  
y otros pastores y otros  
que huyan cual sombra ligera;  
mas del virtuoso Dalmiro  
el dulce nombre conserva,  
y dilo a los que pisaren  
estas hermosas riberas.

Di, ¿de tu gigante padre,  
que en otros campos se eleva,  
testigo que el tiempo guarda  
de mil historias funestas,  
viste en el valle la copa  
desañando las tormentas?  
¿Los caros nombres acaso  
de los zagales conservas  
que en siglos de paz dichosos  
poblaron estas riberas,  
y que la horrorosa muerte,  
extendiendo el ala inmensa,  
a las cabañas robara  
que dejó su aliento yermas?...

Contempló tu padre un día  
las envidiables escenas;  
violas en luto tornadas,  
tintas en sangre las vegas;  
desde entonces solitario  
en sitio apartado reina,  
de la laguna distante  
que baña el pie de Valencia.  
Agradábale en las aguas  
ver flotar su sombra bella,  
mientras besaban su planta  
al jugar por las praderas.

Del puro Catuche al margen,  
propicios los cielos quieran  
que, más felice, no escuches  
tristes lamentos de guerra;  
antes, de alegres zagales  
las canciones placenteras,  
y cuando más sus suspiros  
y sus celosas querellas.

#### A UNA ARTISTA

Nunca más bella iluminó la aurora  
de los montes el ápice eminente  
ni el aura suspiró más blandamente,  
ni más rica esmaltó los campos Flora.

Cuanta riqueza y galas atesora,  
hoy la Naturaleza hace patente,  
tributando homenaje reverente  
a la deidad que el corazón adora.

¿Quién no escucha la célica armonía  
que con alegre estrépito resuena  
del abrasador sur al frío norte?

¡Oh Juana! Gritan todos a porfía;  
jamás la Parca triste, de ira llena,  
de tu preciosa vida el hilo corte.

#### A LA VICTORIA DE BAILÉN

Rompe el león soberbio la cadena  
con que atarle pensó la felonía,  
y sacude con noble bizarría  
sobre el robusto cuello la melena;

La espuma del furor sus labios llena,  
y a los rugidos que indignado envía,  
el tigre tiembla en la caverna umbría,  
y todo el bosque atónito resuena.

El león despertó; ¡temblad, traidores!  
lo que vejez creísteis, fue descanso;  
las juveniles fuerzas guarda enteras.

Perseguid, alevosos cazadores,  
a la tímida liebre, al ciervo manso;  
¡no insultéis al monarca de las fieras!

#### A LA NAVE

(Oda imitada de la de Horacio *O navis, referent*)

¿Qué nuevas esperanzas  
al mar te llevan? Torna,  
torna, atrevida nave,  
a la nativa costa.

Aún ves de la pasada  
tormenta mil memorias,  
¿y ya a correr fortuna  
segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes  
aleves tu derrota,  
do tarde los peligros  
avisará la sonda.

¡Ah! Vuelve, que aún es tiempo,  
mientras el mar las conchas  
de la ribera halaga  
con apacibles olas.

Presto erizando cerros  
vendrá a batir las rocas,  
y náufragas reliquias  
hará a Neptuno alfombra.

De flámulas de seda  
la presumida pompa  
no arredra los insultos  
de tempestad sonora.

¿Qué valen contra el Euro,  
tirano de las ondas,  
las barras y leones  
de tu dorada popa?

¿Qué tu nombre, famoso  
en reinos de la aurora,  
y donde al sol recibe  
su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,  
segura de sí propia,  
desañaba al viento  
otra arrogante proa;

Y ya, padrón infausto  
que al navegante asombra,  
en un desnudo escollo  
está cubierta de ovas.

¡Qué! ¿No me oyes? ¿El rumbo  
no tuerces? ¿Orgullosa  
descoges nuevas velas,  
y sin pavor te engolfas?

¿No ves, ¡oh malhadada!  
que ya el cielo se entolda,  
y las nubes bramando  
relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana,  
que hinchada se alborota,  
ni el vendaval te asusta,  
que silba en las maromas?

¡Vuelve, objeto querido  
de mi inquietud ansiosa;  
vuelve a la amiga playa,  
antes que el sol se esconda!

FIN